

EL LUGAR DE LA IMAGINACIÓN

Gonzalo Santonja

Poeta -y poeta de voz no prescindible, con siete títulos publicados entre 1964, cuando en la Colección Adonais apareció *El regreso*, y el año pasado, en que rompió su largo silencio con *Poemas de las ciudades-* y novelista, cuya última obra se remonta a finales de la década de los setenta.

Pereira parece haber apostado con fuerza por el cuento, género que domina y en el que ha sabido encontrar adecuado cauce expresivo para sus mejores posibilidades.

Con colecciones de relatos en su haber tan reconocidas como *El síndrome de Estocolmo*, Premio Fastenrath de la Real Academia (Mondadori, 1988), o *Picassos en el desván* (Mondadori, 1991), ha hecho -lo diré glosando un par de títulos suyos- del difícil mundo de los cuentos su propia casa, orientada al Poniente y habitada por la imaginación, de tardes inacabables, abiertas al lento desgranar de las más prodigiosas historias, contadas con ejemplar naturalidad y sin forzar nunca el tono.

Su lugar, pues, es el de los viejos cuentistas de siempre, cautivado por la fuerza de sus relatos y, a la vez, quizá por eso mismo, cautivador. Volcado de lleno en la narración, consigue textos, a mi juicio, intensos y bien medidos.

En esa perspectiva, *Las ciudades de Poniente*, Premio de Narrativa «Torrente Ballester», significa un paso más. Y un paso, creo yo, bien sólido, porque Pereira gana en intensidad narrativa, construyendo un libro cabalmente presidido por la misma tensión e idéntico tono, lo que no quiere decir, ni muchísimo menos; monotonía temática, porque estas ciudades del Poniente, situadas en las encrucijadas de todos los vientos, conocen extraños viajeros y las más variadas historias.

La mirada de Pereira, curiosamente, se instala en una cercanía que no excluye el distanciamiento. Y así sus cuentos nos devuelven la imagen de un escritor, ensimismado en sus creaciones, que de repente rompiera a hablar desde dentro y desde fuera, combinando los recursos tradicionales con nuevas formas de experimentación.

Su mejor registro, sin duda, es el irónico; sólo roza el erotismo y, desde

luego, no muestra ninguna predisposición hacia la tragedia. Como ya subrayase Ricardo Gullón, su depurada técnica le permite convertir a los lectores en cómplices, y con aparente levedad, trabajadísima, pasa de lo real a lo mágico en permanente lección de desenvoltura.

